

Y vuela con histérica agonía,
y suelta Honorio, al emprender su vuelo,
la risa que el demonio inventó el día
en que lanzado fué del alto cielo.

ESCENA XVI

La verdad de lo que se hace

LUGAR DE LA ESCENA: *El mundo á vista de pájaro*

PERSONAJES

HONORIO. — CÉSAR. — PALACIANO. — UN BUHO

ARGUMENTO

Como no hay nada grande ni nada pequeño, al huir Honorio de la esfera en la cual se oye todo cuanto se dice, llega á otra región donde se ve todo cuanto se hace. — Ve á César á la orilla del Rubicón, límite de su gobierno, que las leyes le prohibían traspasar, consultando el augurio del vuelo de las aves. — Oye cantar á un buho, le arroja una piedra para ver hacia dónde vuela, y espantado el buho, pasa el río y se dirige hacia Roma. — César, suponiendo que el vuelo del pájaro es la voluntad de los dioses, pasa el Rubicón. — Ve después Honorio el acto en que gentes enviadas por él aprisionan y secuestran á Palaciano. — Avergonzado de su acción, huye Honorio, alejándose de la región en la cual se ve todo cuanto se hace.

De vuelo en vuelo, al fin, de pausa en pausa,
se queda Honorio á contemplar atento
ese espejismo mágico que causa
la desigual rarefacción del viento;

Y un alta esfera de la luz querida
ve Honorio, donde, en óptico escenario,
contempla cada drama de la vida,
cual si fuese algún drama imaginario.

Cuando, al final de su veloz carrera,
de la audición la atmósfera traspasa,
ascendiendo, ascendiendo, halla la esfera
donde se ve cuanto en el mundo pasa.

Mira Honorio las ansias y el desvelo,
la fe sangrienta, la inquietud horrible
del hombre de ambición, en quien el cielo
grabó la tentación de lo imposible.

Trasluce las visiones transparentes
que aun guarda en el no ser lo no venido,
y mira los espectros refulgentes
de los imperios que en la tierra han sido.

Se miran con horror santificados
el deshonor, el vicio y la ignorancia,
cuando se ven los hombres despojados
del prestigio del tiempo y la distancia.

Ve Honorio con tristeza que aminoran
las glorias del mortal, ruines misterios,
que Dios, aunque los Césares lo ignoran,
destruye por nonadas los imperios.

Y mira, en prueba de ello, una mañana,
que á César hacia Roma un ave guía,
pese al orgullo de la historia humana,
engañoso ó engañada hasta aquel día.

Mira al héroe mayor, que, batallando
con no usado valor é inútil brío,
el mundo se le escapa, conquistando,
á fuerza de batallas, el vacío.

Y meditar le mira el gran perjurio,
que aun duda cometer su alma traidora,
hasta que así, de un buho ante el augurio,
conquista la nación conquistadora.

EL BUHO DE CÉSAR

Junto á un río, una noche, piensa un hombre
delgado, calvo, pálido y pequeño,
que es cosa vil para su ilustre nombre
ser siempre vencedor y nunca dueño.

Vacilante en la sombra, al fin se inflama,
ya del alba á los pálidos destellos,
y — El mundo y Roma, ó yo, — resuelto exclama.
— Si no paso, ¡ay de mí!; si paso, ¡ay de ellos! —

Y el tardo vuelo á consultar se humilla,
como augurio feliz de cosa santa,
de un buho que en un árbol de la orilla
con monótono son pausado canta.

Aquel César audaz, tan orgulloso,
que el orbe entero avasallar quería,
como romano, al fin, supersticioso,
del buho en la presciencia encuentra un guía.

— Si va hacia Roma, dice, paso el río; —
y añade, abandonándose al acaso:
— El rumbo de su vuelo será el mío.
Si pasa, paso; y si no pasa, ¿paso?... —

Se acerca al árbol silencioso y grave;
cauto, una piedra de entre el césped toma;
se alza, la tira, y espantada el ave,
pasando el Rubicón, voló hacia Roma.

Siguió César detrás, y luego á duo,
á la primera luz de la alborada,
en tanto que pausado canta el buho,
— ¡Ya está, César gritó, la suerte echada! —

Del Rubicón sobre la opuesta loma
César gritando: — ¡A Roma! — al mundo espanta;
y contestando la legión: — ¡A Roma! —
con monótono son el buho canta.

«Y nos mintió después que oyó trompetas, —
murmura Honorio, — y cantos de victoria,
y sueños, y visiones, y cometas,
la necia intemperancia de la historia.

»Y es que al besarle cual señor, más tarde,
servil el pie, se avergonzó la tierra
de que á un pájaro fe diese cobarde
este genio del vicio y de la guerra.

»¡Suerte fatal, que con augurios ande
la vida de los Césares mezclada!
Cuando un buho es un buho, es César grande;
cuando un buho es su dios, César no es nada.»

Honorio, después de esto, el tiempo andando,
á César contempló del mundo dueño,
y el Rubicón y el buho recordando,
— Nada hay grande, exclamó, nada hay pequeño.

Y ve después que á Palaciano, un día,
gente enviada por él aprisionaba,
y dudando de aquello que veía,
quería persuadirse que soñaba.

Con la magia cruel del espejismo,
de su antiguo baldón la infamia crece,
y viendo la deshonra de sí mismo,
de vergüenza su pecho desfallece.

Y la extensión cruzando del vacío,
se aleja hasta de sí con loca prisa,
sintiendo de la fiebre el calofrío,
que acaba siempre en convulsión de risa.

Y llevando de nuevo hacia otra esfera
la triste historia de su amor eterno,
huía con terror, como si huyera
rozando con los bordes del infierno.

ESCENA XVII

La verdad de lo que se piensa

LUGAR DE LA ESCENA: *Debajo y cerca del cielo*

PERSONAJES

HONORIO. — EL DANTE. — PALACIANO

ARGUMENTO

Subiendo Honorio de la región donde se ve todo lo que se hace, se encuentra en otra región donde se penetra todo lo que se piensa. — Allí, entre otras cosas, ve el siguiente último sueño del Dante:

El Dante, poco antes de morir, sueña que vive Beatriz, y que sus enemigos, los Güelfos, le encierran en la Torre del Hambre de Ugolino, para que desde ella vea cómo ejecutan á Beatriz, haciéndola morir en un cadalso. — Al ver el tormento y muerte de Beatriz, el Dante sigue soñando que se estrella la frente contra el suelo, y del dolor que le causa la caída, muere despertando en el otro mundo. Encuentra, al entrar en el cielo, á Beatriz.

Después Honorio sorprende el pensamiento de Palaciano, fijo en el semblante de Soledad, y desde la región del lugar donde se penetra todo lo que se piensa, vuela á bajar á la esfera donde se ve todo lo que se hace. — En esta región ve la imagen de Soledad en un altar, y clavada en ella la mirada de Palaciano; y por no verlo, baja Honorio á la esfera donde se oye todo lo que se dice. — En esta última región oye la oración que Palaciano eleva á Dios rogando por Soledad, y Honorio vuela hacia donde suena la voz de su hermano.

Y vuela Honorio más, y á cada paso
sus ojos con valor rápidos miden
las etéreas regiones, donde acaso
las suertes de las almas se deciden.

Y llega, de dolor calenturiento,
á otra región más alta y menos densa,
donde abarcando el mundo el pensamiento,
penetra desde allí cuanto se piensa.

Y tanta alma conoce disfrazada,
que el globo desde allí le parecía
una mina de crímenes cargada
que á un rayo de verdad reventaría.

Viendo Honorio á la luz de la evidencia
la secreta intención de las acciones,
que es en el mundo, advierte, la existencia
un ojeo de tigres y leones.

Si Dios las cosas separase un día,
de las que falsas son, las verdaderas,
el hombre hacia los bosques correría
á disputar sus antros á las fieras.

Mira Honorio que, en lucha desastrosa,
no va el hombre á su hermano destrozando,
porque en pos la mentira va, piadosa,
las garras de los tigres afelpando.

Y un día Honorio con dolor repara
el gran remordimiento y la agonía
que revelan los pliegues de la cara
del padre de la ardiente poesía.

EL ÚLTIMO SUEÑO DEL DANTE

En su lecho, al morir, Dante reposa,
y en vez de descansar, sueña el poeta:
una visión terrible y espantosa
con bárbaro furor su sueño inquieta.

Viva y hermosa á Beatriz soñaba,
y que, puesto en prisión por Gibelino,
para verla, á la reja se asomaba
de la *Torre del Hambre* de Ugolino.

¡Atroz remordimiento! Sueña el Dante
que en la Torre del Hambre se le encierra
para hacerle sufrir la más punzante
de todas las angustias de la tierra.

Entre unos Güelfos, de furor beodos,
mira á Beatriz llorando tristemente,
y sufre en uno los tormentos todos
que hizo él sufrir en la *ciudad doliente*.

Y cuando esto soñaba, iba cayendo
un llanto de sus párpados, que ardía,
mirando á un pregonero que, leyendo
la sentencia fatal, así decía:

«Aunque es tan sólo el gibelino Dante
un loco que escribió lo que soñaba,
hoy vengarán los Güelfos en su amante
cuanto hizo padecer á los que odiaba.

»Cual vampiro, las tumbas escarbando, fué exhumando cadáveres, y luego las frentes de los Güelfos señalando con luz de infamia y rótulos de fuego.

»Que sufra el Dante en el dolor de aquella que sus cantos de furia le inspiraba; muera en su nombre ahorcada la doncella que, aun niña y sin amor, ya le adoraba.

»Él al infierno condenó inclemente cualquiera papa ó rey, siendo enemigo; quien hizo padecer injustamente, que sufra justamente igual castigo.

»Vea el Dante expirar, desesperado, el solo aliento de su vida entera; y siendo en Beatriz ajusticiado, ya que á hierro mató, que á hierro muera.»

Viendo el Dante el patíbulo afrentoso, de la tarde á los últimos reflejos, —¡Malditos Güelfos!— murmuró furioso, pensando en alta voz como los viejos.

Y al ruido de los Güelfos, que aplaudían, de su sueño juguete desdichado, vió que al cadalso á Beatriz subían, sudando el Dante, y á la vez helado.

Armados ya con el dogal, rompieron las gasas de aquel cuello, á cuyo broche sólo á tocar ocultas se atrevieron las alas de las brisas de la noche.

Y al cuello de Beatriz á echar se atreve un sayón el dogal con insolencia, sin el santo respeto que se debe, más bien que á la virtud, á la inocencia.

Dante su cárcel con furor recorre, y—¡Oh Ugolino! ¡Ugolino!—repetía;— fué un idilio de paz, en esta torre, tu muerte, comparada con la mía.—

Mirándola otra vez, sacude airado los hierros de la reja en que se asoma, viendo ya negro el círculo azulado que rodeaba sus ojos de paloma.

La turba de los Güelfos aplaudía, viendo al Dante rugir como una fiera; y en tanto el pregonero repetía: —El que á hierro mató, que á hierro muera.—

De venganza tan vil, á Dios clamaba, la maldición mezclando con el ruego, el hierro de la reja en que miraba escaldando con lágrimas de fuego.

Y un no sé qué mirando de hito en hito, —¡Dame ahora, gritaba, patria mía, más llanto que verter, ya que, proscrito, te he dado cuantas lágrimas tenía!—

Beatriz rompiendo de la vida el yugo, la vista alzaba de la misma suerte que quien pide perdón para el verdugo en la hora postrera de la muerte.

Y después que ella expira, él ve espantado, yendo y viniendo en tenebrosos giros, de espectros el patíbulo erizado, de perros vagabundos y vampiros.

Y al verlos repartirse en son de guerra, de Beatriz los miembros destrozados, cayó rendido, quien infierno y tierra de venganza y terror dejó agotados.

Vuelto ya en sí, su sangre cual torrente por sus arterias rápida corría, y contra el suelo se estrelló la frente cuando vió, sin morir, que ella moría.

Y soportar el Dante no pudiendo el golpe atroz de su mortal caída, á un tiempo despertándose y muriendo, despertó, despertando en la otra vida.

Y ya en la vida eterna, al fin vió Dante que su alma soñó lo que temía, y encontró á Beatriz, cuyo semblante hacer palidecer al sol podría.

Por caminos de luz va de la que ama el Dante en pos, con el anhelo mismo con que asimos en sueños una rama, creyéndonos lanzados á un abismo.

Y—¡He sufrido, al morir, la dije, tanto!...— Y contestó Beatriz, de gracia llena: «Ya ví que á punto de morir de espanto, al fin tu sueño te mató de pena.

»Tú, al castigarte en sueños, iracundo, el odio que has sembrado recogías. Para aquel que obra mal en ese mundo no hay bellas noches ni serenos días.

»Hoy conmigo vendrás al paraíso, pues sentiste al morir remordimientos: así purificar el cielo quiso tu alma de culpables pensamientos.»

Dijo al Dante Beatriz, y lo guiaba por la región de las celestes brisas, y el horror de su sueño disipaba vertiendo en derredor santas sonrisas.

ESCENA XVIII

Justicia popular

LUGAR DE LA ESCENA: Una catedral

PERSONAJES

HONORIO. — PALACIANO. — SOLEDAD. — PUEBLO.

ARGUMENTO

Honorio celoso, después de mirar al centro de la catedral, y ver la imagen de Soledad colocada en un altar, entra por el rosetón de la fachada, y empujando el águila de bronce que contenía el fuego sagrado, se repite la misma escena que ocurrió en la catedral de Valencia el 21 de Mayo de 1469, pues al bajar, como entonces se acostumbraba, desde el cimborio, un águila echando fuego, saltó una chispa que hizo arder el altar, fundiéndose la plata que contenía, la cual corrió hasta la reja del presbiterio. — El águila en que se halla transmigrado Honorio es maltratada, presa y condenada á morir en una hoguera. — Después de quemada el águila, huye el alma de Honorio, y bajando Soledad, se mete en la hoguera, en expiación de los pecados de Honorio, y sufre por él los tormentos á que estaba condenado.

Rápido, altivo, enamorado, ardiente, sigue Honorio su vuelo infatigable. Estar loco de amor es tan frecuente como es lo natural inevitable.

Furioso, de la cima de los cielos bajó, como el que baja un precipicio, llevado de la rabia de los celos, que roe el corazón y turba el juicio.

De la gran catedral ya frente á frente, al bajar de las zonas superiores, ve que de luz vomitan un torrente las ventanas de vidrios de colores.

La voz de Palaciano en lontananza solemne desde el púlpito retumba, y Honorio, para oírle, el rostro avanza, cual máscara exhumada de una tumba.

Hacia el altar, que brilla esplendoroso y es el blanco de ardientes oraciones, Honorio un no sé qué de misterioso ve, ahogado por sus mismas pulsaciones.

Entre la luz inmensa que fulgura, á los ojos de Honorio se presenta, igual á Soledad, una escultura, que como el sol sobre el altar se ostenta.

De ella esculpir las púdicas facciones Palaciano mandó, devoto y tierno, y él con ojos lo ve cual los tizones que enciende Satanás en el infierno.

Y clavando en la imagen su mirada, tanto ó más que celoso, sanguinario, por el gran rosetón de la fachada hasta el fondo voló del santuario.

La mística ciudad, por fin, tocando, con la actitud de un Dios sin resplandores entró en el cielo el que vivió soñando en la eterna *ciudad de los dolores*.

Desde aquel sitio Honorio, en su presciencia, los hombres y las cosas penetraba, é intranquila al mirar tanta conciencia, —¡Cuánto sueño del Dante!...— murmuraba.

Y descorrido al ver el denso velo que cubre el corazón, pensó aquel día que es la mentira vil un don del cielo, y una inicua virtud la hipocresía.

Mas luego, desdichado y siempre amante, tornando, al fin, á su inmortal tormento, de Soledad clavado en el semblante, penetra de su hermano el pensamiento.

Y á desandar volviendo su carrera, con sentimiento aquí, y allí con ira, de la visión bajando hacia la esfera, ve de color de sangre cuanto mira.

Y en un altar la imagen adorada de Soledad columbra, y que profano tiene en su rostro fija la mirada de sus ojos amantes, Palaciano.

Y huye más, y huye más, y cuando el vuelo hacia el lugar de la audición tendía, oye Honorio que mística hacia el cielo, de Palaciano una oración subía.

Nombrando á Soledad, oye que de ella la eterna salvación, enamorado, le pide á Dios, por el amor de aquella que ha sido concebida sin pecado.

En boca de un rival le da aquel día la oración por la que ama, tal martirio, que era el furor con que á su hermano oía, el rencor en el colmo del delirio.

Y vuela oyendo y el lugar buscando en que la voz de Palaciano suena; y parece, más que águila volando, un león que sacude la melena.

Por los celos cegado, el aire hiende con fiero amor é insólita arrogancia, y hacia la tierra con furor descendiendo, del sitio de la eterna resonancia.

Y ¿adónde vuela Honorio? ¿Adónde piensa saciar la inextinguible idolatría de una pasión feroz, á la que inmensa la misma eternidad no saciaría!

Dejan á Honorio, al penetrar, á oscuras
de unas luces sin fin los resplandores;
mas ve en torno después las mil figuras
de ángeles, cristos, santos y doctores.

Y unas formas que en otras se perdían
vió, no sé si en quietud ó en movimiento,
que del suelo á la bóveda subían,
bajando de la ojiva al pavimento.

Y vió que por las naves se enlazaban,
corriendo en variedad inagotable,
dibujos y calados que imitaban
tejidos de un vapor imponderable.

Todo el genio del arte, en savia ardiente,
por ramos y molduras se extendía,
y la masa de piedra, transparente,
bajo el cincel su pesadez perdía.

Y cual grita al salir, exorcizado,
del cuerpo, Satanás, de algún maldito,
oyó el pueblo en la iglesia congregado
un graznido feroz, casi inaudito.

Cuando Honorio irascible así gritaba,
el vulgo, embelesado y de fe ciego,
bajando del cimborio contemplaba
otra águila de bronce echando fuego.

Por Honorio empujada, se desploma
sobre el altar esta águila humeante,
y lanzado ya el rayo, Honorio toma
un aspecto de Júpiter tonante.

Prende el fuego al altar, y de manera
va de un ángulo á otro ángulo corriendo,
que al calcinar la llama la madera,
funde la imagen la madera ardiendo.

Acude el pueblo, y el altar socorre;
mas pronto, derretido el gran tesoro,
del presbiterio hasta la reja corre
de un sol fundido una cascada de oro.

El águila, aletazos sacudiendo,
tanto la imagen deshacer quería,
que hasta el oro en fusión que iba corriendo,
quemándose las alas, esparcía.

Cuando ya en humo el águila altanera
vió convertida del altar la gloria,
el rico timbre de su voz guerrera
la alegría expresó de la victoria.

Entre la rabia y el terror que pasma,
no sabe el pueblo, en su opinión incierto,

si es aquel monstruo un águila, un fantasma,
ó un demonio tal vez que lleva á un muerto.

Le ve, le acosa, y destrozarle quiere,
y rindiendo á aquel Hércules alado,
por más que grita y que amenaza y hiere,
queda á golpes muy pronto acogotado.

El pueblo, de su rabia en el delirio,
le arrastra sin piedad, y antes que muera,
le impone, al fin, por último martirio,
la pena de morir en una hoguera.

Le arrojan á la llama, y los sayones,
celebrando el tormento merecido,
lanzan gritos de horror y maldiciones
en torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fin, carbonizando
entre la hoguera en que cayó jadeante,
mientras se iba entre el humo levantando,
de Honorio el cadavérico semblante.

Y huye después, y en tanto que divisa
la hoguera y los sayones, sobre el mundo
va arrojando una histérica sonrisa,
que revela el desprecio más profundo.

Y como suele á veces de la esfera
bajar desconocido un meteoro,
desciende Soledad, y entra en la hoguera
con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incendio de que Honorio huía,
cual mártir voluntario se atormenta,
y al cielo el rostro con dolor volvía,
como diciendo á Dios: — Ténselo en cuenta. —

Tranquilo el corazón, el alma pura,
santa redime al obcecado amante;
y brilla más al fuego su figura,
como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hacia el cielo la gentil cabeza,
triste y alegre Soledad tenía
los ojos impregnados de tristeza
y la frente radiante de alegría.

Después de tanto afán y penas tantas,
cuanto sufre por él, tanto ella goza,
obrando generosa, cual las plantas,
que perfuman el pie que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira
que abrasa á un ángel de hermosura extrema,
pues sucede á menudo que la ira,
por quemar á un demonio, á un ángel quema.



ESCENA XIX

La transmigración á un hombre

LUGAR DE LA ESCENA: *Diócesis del obispo Palaciano*

PERSONAJES. — LOS DOS HONORIOS

ARGUMENTO

El alma de Honorio, completando la escala de los seres, vuelve á transmigrar al cuerpo de un joven profeso, á quien, al confirmarle el obispo Palaciano, había puesto el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento
vive feliz un joven en clausura,
alma de fe, de paz y de contento,
de inocencia impregnada y de dulzura.

Con el nombre de Honorio, siendo niño,
le confirmó el obispo Palaciano;
recuerdo inolvidable del cariño
que profesaba á su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,
sólo en las ciencias su pasión encierra,
como una de esas almas resignadas
que jamás se confían á la tierra.

Grande es su fe, severa su alegría,
sus mejillas y labios sonrosados;
limpia y blanca, su frente parecía
la frente de una niña sin cuidados.

Un día cierto espíritu que vuela,
de niebla el brillo de sus ojos cubre,
como la escarcha los retoños hiela
de los últimos soles del octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,
pues, de pronto, esta noble criatura
presiente que á su espíritu de nieve
un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado
se encuentra, sin saberlo, á otra alma unida,
sobre la vida, el joven, que ha gozado,
¡fatal resurrección! siente otra vida.

Y es que, uno resignado, otro altanero,
con la duda amargando la inocencia,
en el humilde Honorio, Honorio el fiero,
transubstancia su vida en su existencia.

Al joven con dolor, como el que siente
su juventud á una vejez unida,
ya empieza á parecerle vagamente
sueño de fecha inmemorial su vida.

Tranquilo sin razón, ó turbulento,
ve á veces con terror, y otras con calma,
que un vapor tan sutil como su aliento
turba sus ojos ó ilumina su alma.

Parece que le envuelve, y no le toca,
algún ser escapado de la tumba,
que, impalpable, al pasar, besa su boca,
late en sus venas, y en sus sienas zumba.

En los sueños sin fin que le extravían,
más que el cuerpo su espíritu embarazan
manos de luz que á su pesar le guían,
y brazos aeriformes que le abrazan.

Al ver que sobre su alma se desploma
la invisible presión de alguna mano,
se agita con pavor, cual la paloma
se agita bajo el vuelo del milano.

Se vuelve en torno, mira, y no ve nada;
mas siente que tenaz, fría, invisible,
en el fluido eléctrico mezclada,
le acosa una influencia indefinible.